

Cuentos del paraíso de las islas

06-2

EL ASCENSO DEL SELLA
Hacia un programa ideal para un rector

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 09-01-2023
Número de páginas: 17
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.eu

Cuentos del paraíso de las islas

06

06.2.- El ascenso del Sella

2.1. El río Sella y la gran fiesta del carnaval de verano.

INDICE:

1.- HACIA UN PROGRAMA IDEAL PARA UN RECTOR.

- 1.1. El rector Juan Bravo interpreta encuestas docentes con el método paranoico-crítico.
- 1.2. El encuentro de Juan Bravo con el emperador Marco Aurelio.
- 1.3. Juan bravo y sus asesores; Antón Dolores, el último teólogo.
- 1.4. "Y usted qué opina del aborto de las gallinas".
- 1.5. Juan bravo y sus asesores; Borondón el Babilónico o el Antiguo.
- 1.6. La muerte del cantante punki Picoletto.
- 1.7. Despedida del rector J.B.; un concierto de rock.

2.- EL ASCENSO DEL SELLA

- 2.1. El río Sella y la gran fiesta del carnaval de verano.
- 2.2. Hacia el mar por el mirador del Fitu, tras el juego de los abalorios.
- 2.3. La fuente del infierno en el puerto del Pontón.

Fin

06.2.- El ascenso del Sella

2.1. El río Sella y la gran fiesta del carnaval de verano.

SEGUNDO ARRANQUE TITUBEANTE

Amanuenses y lectores.

Los que escribimos estas historias del paraíso de las islas, los amanuenses que desean por tradición ya mantenerse en el anonimato porque así lo decidieron sus antepasados, está claro que escriben – escribimos – para la gente, para los mismos protagonistas de la vida del paraíso de las islas. Está claro que no pueden – no podemos – elegir escribir para otros.

Y esto, por sí mismo, en su doble vertiente de anonimato de los amanuenses y lector de alguna manera también fijado, entra en contradicción con el viejo amor del Antiguo, la libertad. Así, en general. Sólo recuperable con la transgresión. Por supuesto, la transgresión creadora, con guiños, con inteligencia, con suavidad, con vaselina, que diría un erotómano. Pongamos por caso.

Más compleja resulta la segunda necesaria transgresión creadora, la de la elección o no de lector. Boccaccio eligió sus lectores, las señoras, las chicas. Y a ellas se dirige en su colección máxima de relatos. Ahí es posible que comience de nuevo la literatura, la creación literaria. Por la mujer como lectora de un escritor y viceversa.

Y uno a veces teme escribir para quienes no pueden leerle. No tener lectora. No tener lector. Salvo los habitantes mismos del paraíso de las islas. Una ficción literaria más.

Pudiera decirse que nuestro – 1ª persona del plural, el colectivo – hardware es demasiado software. O como lo escriban, esa gente tan lista de los ordenadores. Son expresiones que a este amanuense, por otro lado, se le escapan en cuanto a su alcance real. Y más ahora que está esta misma gente enredada con el asunto tan cómico de la "inteligencia artificial".

- La captación de un atardecer o una noche de gran luna, es lo que nos diferencia de la máquina inteligente, señor Informático, por lo que dudo de su inteligencia – se lo decía el otro día a uno de estos chicos –. No de su inteligencia de Ud., señor Informático, sino de la de la señora Máquina. El tomar el sol como un lagarto feliz, la animalidad que dicen, cosa del cuerpo que se almiza, se hace sosiego vital, alma.

Y luego nos perdimos por un laberinto de significados que incluía lo que el chico denominaba "pajas mentales", útiles para un análisis paradójico del tiempo, y "pajas reales" facilitadoras de una actividad biológica neuronal en celo. Disparates de la conversación intelectual y distendida.

2.1

Como en todo tiempo de transición. El rector Juan Bravo hubo de remontarse – una vez más – a la niñez.

- Dale otra vez al reloj para atrás y vuelta a empezar – recordaba que le había sugerido un día Cortado Bakalaero, uno de sus primeros amigos-guía por el laberinto de las representaciones –. Rebobina, colega.

Sólo la vida es el espectáculo, sólo la vida es la belleza y en ella está.

Millones y millones de conexiones neuronales habían sido precisas para que los amanuenses, cada uno de ellos – decenas y decenas sin duda ya –, entretejera las diferentes noticias – avisos – que conforman estas historias interminables del paraíso de las islas. Con reiteraciones frecuentes para que las conexiones multiplicaran la posibilidad de no verse diluidas o desaparecidas en zonas oscuras de no-memoria u olvido. Y aun así, a pesar de esos trucos de oficio, pudiera decirse, no pocas situaciones y perfiles desaparecían sin remedio cada día en esos pantanos fangosos de la confusión que conduce a la deconstrucción, pérdida de sentido y olvido final.

Más aún, a medida que pasaba el tiempo, cada uno de ellos veía desaparecer con cada neurona una parte mínima de su memoria, miles y millones de instantes que fueran plenitud de vida, destellos, sonrisas, detalles de un artefacto imaginativo, luces de amanecer. Y uno – un amanuense más, al fin, del colectivo – casi sentía agradecimiento ante tanta desaparición pues de esa manera cada instante presente tenía menos amarras con la memoria y era más pleno presente iluminado por la siempre renovada luz de la vida. Hasta el dulce desperezo a la sombra de un árbol frondoso de un anciano al que – como las tres gracias – tres neuronas bellísimas ayudan a morir en paz.

El rector J.B. necesitó, una vez más, retornar a su infancia. Para captar el porqué de su misma querencia hacia el mensaje popular directo, necesario para él tanto para seguir pensando como para seguir actuando. O con ganas de actuar al menos. Para seguir viviendo.

Su infancia en un río. "Navegada por un río bellissimo y cariñoso, de los que te tocan mucho, te acarician todo y te hacen boquear de pánico a la asfixia tanto como de felicidad". Un río bellissimo al que luego había visto degradarse progresivamente y

recuperarse. Pero, sobre todo, un río gran puerta abierta a todos los exteriores posibles a causa de una fiesta anual que sus frondosas vegas y ribereños propiciaran.

J.B. recordó las representaciones de dioses fluviales de los antiguos mediterráneos – como un viejo corpulento el río Nilo por ejemplo –, simbolismo que siempre se le había escapado y por ello le seguía sorprendiendo. Y por ello lo memorizaba ahora. En fin. Un anciano poderoso tendido y a su alrededor toda la vida desde la infancia, desde su inicio, multitudes de niños y animales, podría ser, creía recordar. Dioses de las aguas con tridentes y algas y pescados. Dioses fluviales apacibles y majestuosos. Pero que los ribereños y sus invitados, durante esa fiesta, feminizaban: más que un dios poderoso, era para ellos una fastuosa diosa joven y navegable. Y miles de piraguas de vivo colorido ese día, esa fiesta, navegaban su diosa líquida compitiendo por quién alcanzaba primero el mar. Río navegable – como el Nilo, como el Guadalquivir – por miles de navegantes a la vez, con buen humor y no poco esfuerzo. Y por puro placer, cabalgata enloquecida y seminal, entre frondosidades y montañas, hacia el mar.

Gran carnaval del verano, una vez más. Magnífico escenario para una bella y sabia representación anual que un sin número de autoridades – locales, regionales, deportivas y otras – pretendieron siempre estructurar en torno a lo más anecdótico de una fiesta pagana antigua así, el descenso de un río en piragua y los medios utilizados por los no piragüistas para seguir el recorrido hasta el mar por caminos angostos para una multitud enardecida y joven. Una vez más, la belleza y la vida. Emparejadas, enajenadas, fuerza arrolladora. Perduración del éxtasis o el trance. Tiempo de clímax prolongado. Creación.

Todo iba muy rápido. En el avión que le alejara – de hecho, para siempre – de su universidad de origen, J.B. quiso sumergirse en su reencuentro fluvial. La intensa actividad cerebral de los últimos tiempos, J.B. sabía que debía pagarla de alguna manera con pagos fuertes procedentes de su propio cuerpo, tal vez de su mismo cerebro. Mismo: tremenda palabra rara. Tan próxima a mimo en sus dos acepciones de cómico sin palabras y primor cariñoso. “Mimar al otro”, como dijera un poeta antiguo colega del rector J.B. Sutilezas y radicalidad conformaban una nueva constante de su razonar. Como aquella intuición bellísima de nuevo panteón de dioses, en donde las dos diosas prima-donnas fueran la diosa Acracia, con su gemela Anarca, y la bella diosa Utopía, de las más recientes o jovencitas del panteón divino. Ojos y orejas del rey: las grandes espías. Capaces, por ello, de conformar un después, caídos los viejos dioses de Crecimiento, con su gemelo Desarrollo, y Futuro. Tal vez en algunas ocasiones de un tiempo largo fuera necesario “involucionarse” – extraño ensimismarse – y hasta enroscarse y re-reptar para hallar un nuevo ángulo desde donde retomar la linealidad – todo muy chino – de un tiempo con una medida que hoy estaba más claro que nunca que habría que variar o expandir para poder hasta respirar sin agobio.

Y el hacia dónde, a las orillas de un río sagrado, supo J.B. que sólo podría surgir con nitidez diamantina de lo que la gente estaba gritando cada vez con mayor ardor.

Sólo era necesario entrar. Sumergirse en el hondón de la gente en trance, descender el río como mejor pudiera y pegar la oreja. “Observación participante”, que decía la gente antropóloga. Convertirse en ojos y orejas del dios/diosas – curiosa trinidad:

Acracia/Anarca y Utopía – y luego sentarse a pensar y extraer conclusiones paranoico-críticas lo más aceradas posibles o aceptables.

El verano previo a su segunda elección rectoral J.B. había querido vivir la gran fiesta del río como la había vivido en su juventud y en su infancia, desde el interior de la ebriedad, agotadora y lúcida.

Aunque ya no tenía edad para esfuerzos psico-físicos extraordinarios, sabía que eso iba a ser definitivo para terminar de comprender lo que la gente que le interesaba – los que por su edad iban a vivir o disfrutar o sufrir el mundo que se avecinaba – gritaba cada vez con mayor ardor. Recurrencias. Esa era la voz y no la de los que habían sido artífices de este mundo que tanto podía alarmarles, en quiebra técnica por doquier. La voz de los nacidos en un tiempo de velocidad y urgencias, de fragmentación y malos presagios.

Un gran ventanal abierto a la realidad: eso había sido la fiesta del Sella desde siempre, desde que J.B. recordara. En unos folios que había llegado a redactar para unos amigos de una revista de curiosidades, había intentado expresar aquel fenómeno peculiar del nacimiento de una sabia certeza nueva en medio de la ebriedad de la fiesta; he aquí los párrafos clave para comprender el recuerdo infantil del rector J.B.: "Pasó la guerra civil y la fiesta de las piraguas no solo se avivó y comenzó a convocar a palistas de otros ríos y valles asturianos primero, y luego norteamericanos, sino que se convirtió en una ventanita abierta al exterior. En una fiesta cada vez más carnavalizada y popular, más espontánea e incontrolable, con gigantes y cabezudos que abrían el cortejo y seres grotescos representando ninfas, tritones y reyes míticos... Y la ventanita se ensanchaba cada vez más hacia el exterior. Comenzaron a llegar extranjeros. Suecos y daneses, ingleses y belgas. Con tiendas de campaña y ropas de tejidos y colores que eran una maravilla. Había en el pueblo un cura don Manuel que se ponía a la puerta del cine para ver quién era el valiente que entraba a ver a la gravemente peligrosa Silvana Mangano en "Arroz amargo" y conseguía que no fueran más de cuatro valientes los decididos que entraban. Los domingos por la mañana, en las clases de catecismo católico, decía a los niños que todos los protestantes iban al infierno porque no creían en la Virgen María, que había parido a Dios y seguía virgen tras el parto. Y luego los niños, mañana soleada de domingo, se iban al río a ver a los recién llegados palistas nórdicos. Más de uno se preguntaba si aquellos gigantones rubios y bien vestidos estaban destinados al infierno sin remisión por no creer en la Virgen María. Y aquella ventana al exterior que era la fiesta de las piraguas se ensanchaba como las mentes infantiles... De manera natural. Como sin querer."

Certezas sabias en el corazón de la ebriedad. La más hermosa imagen que el siglo XX dejaba a la posteridad era, sin duda, la bella Silvana Mangano en "Arroz amargo". La imagen que mejor iban a comprender la mujer y el hombre del nuevo milenio que avanzaba arrollador y rapidísimo. Silvana, hasta de nombre vagamente boscoso. Sagrada cueva en la gran roca de entorno boscoso en donde naciera el río del confín, el río del Sello. Secreto. Sólo a un juguetón dios Dionisio se le pudo ocurrir feminizarlo todo al hacer navegar por el cauce líquido piraguas. Puro surrealismo paranoico-crítico. Despertador de la imaginación – despertador de pájaros – y de la vida. Renacer de la fiesta pagana, con tritones y ninfas, la juventud en traje de baño, los nostálgicos y quimeristas a beber y a celebrar o añorar.

No se acababa el mundo. Pasara lo que pasara, aquello no podía acabarse. Algunos lo sabían; no de manera racional sino de más profunda (honda) manera, lo sabían y lo contaban a quienes tuvieran ojos y oídos abiertos, a los suyos, a aquellos con los que podían hablar y – lógico – comprender. Y comprenderse.

J.B. se preparó para la fiesta del río. La fiesta de su niñez. El Sella. Todos – Anselmo entre carcajadas – coincidieron: Perico Rincón y Cortado Bakalaero debían acompañarle. Los dos del entorno de la gran ciudad del interior, esteparios profundos sin experiencia de fértiles riberas, debían acompañarle. Sabían sus gustos; cómo sólo un entusiasmo auténtico – o entusiasta ebriedad natural – era capaz de estimularle al máximo de su capacidad de entusiasmo. Más aún, el automóvil de Cortado Bakalaero era el medio adecuado de transporte, nada de aventuras románticas de taxis, autobuses y trenes nacionales o de cercanías. Ni mucho menos el automóvil oficial. Tal vez sobrarian las palabras. Un guiño del Anselmo convenció de inmediato al futuro rector de rectores, o lo que fuera a sucederle en Nueva York.

"Énfasis. Peligro: me está desbordando mi fantasía o mi imaginación. Debo reforzar las neuronas documentalistas. Observación participante."

"Una afirmación formulada en lenguaje corriente cuya veracidad alguien probó a través de un cierto tipo de demostración lógica". Eso es un teorema. Lo dice un tal D.R. Hostadter en un delicioso libro sobre grandes maestros del pensamiento o de la inteligencia. Poco antes de comentar, puede ser, que un individuo que advierte el sistema que "está gobernando la existencia de muchas personas", que hasta ese momento no había identificado como sistema, a partir de ese momento intentará convencer a los que le rodean de que hay que abandonarlo. "Intentará": ¿posibilidad o necesidad? Está claro que está hablando de un "individuo libre", o al menos solo semi-atrapado por ese sistema que piensa y desea íntimamente - de verdad, por eso desea convencer a los otros de ello – un sistema que hay que abandonar.

J.B. se sintió inseguro. "Modernizar es hacer posible una sociedad civil", afirmaba un viejo político, pero tal vez habría que destruir mucho para que fuera posible una sociedad civil, como se decía. Tremendas conclusiones de un análisis rápido, semi-automático, intuitivo, espontáneamente "verdadero". O cierto. O muy probable. Piensa mal y acertarás era la "autoridad" heredada por la experiencia, casi el sentido común. De lo que lograra mantenerse, bien poco restaría modernizable.

J.B. se sintió más confuso aún. Telefoneó a Antón Dolores. Pero no era un día de brillante comunicación y el Dolores le vino a decir que, educado para diferenciar la virtud del pecado, el arranque de su iluminación llegó el día en que descubrió que el máximo pecado era el cometido a diario por sus educadores: el fundamentalismo mítico o religioso. J.B. quiso llevarle a su terreno. Le habló de simultaneidades inquietantes, de tiempo real y tiempo financiero o político-financiero.

- Todo va muy rápido – concluyó el rector, y al otro lado del hilo telefónico se hizo el silencio.

- El wu de los chinos – casi susurró Antón Dolores –. Creo recordar que ya hemos hablado alguna vez de la negatividad creadora o generadora.

J.B. ya estaba tranquilo.

- Tal vez sea una ilusión intentar saber quién es uno, pero es una necesidad saber quiénes somos todos así, en mogollón, Dolores.

Se durmió como un angelito tras la conversación.

El automóvil de Cortado Bakalaero era todo un número. De un rojo de fuego la carrocería, la tapicería negra como el carbón, la instalación musical una pequeña obra maestra de ingeniería de sonido. Era un algo-turbo, al parecer una máquina potentísima. Y Cortado Bakalaero la mimaba, trabajaba para ella, se llegaba a aplicar rudas cuaresmas variopintas – de tabaco o alcohol, de alimentación o vestuario – con tal de que su Algo-turbo estuviese bien alimentada y satisfecha. Y lo que más le podía satisfacer en la vida era un viaje medianamente largo, en el que poder demostrar a su Algo-turbo amada cómo sabía ponerla – y ponerse – a ciento cuarenta por hora entre caricias. Al rector J.B. le encantó el aparato, de espectaculares cromados y una bandera rara aspada con una calavera en el centro, como de una bandera de pirata de las de los cuentos infantiles, que hacía vibrar los mofletes de hueso pintado sobre tela al son de la música seriada por computadora y hábiles mezclistas que gustaba a Cortado Bakalaero.

Nada más iniciar el viaje, Pedro Rincón se lo advirtió a Juan Bravo:

- A éste hay que controlarle en lo de la música. Nos puede mantener todo el viaje con el chún-chún electrónico de los huevos de su maldita música bakalaera.

- Hijos de la coca y las pastillas, colega Rector – intervino Cortado Bakalaero –. Hijos del agobio – y se reía.

Cortado Bakalaero conducía como un navegante de espacios cibernéticos ideales. Era todo un pícaro en la carretera, pero con un raro sentido de la medida y la seguridad. Como raro instinto de conservación reforzado por el estrecho abrazo de su linda Algo-turbo. Eso sí, siempre experimental y con guiños al riesgo. No se podía contener. Mas J.B. no osó hacer visible su posible reparo a algunas maniobras de autopista particulares, sobre todo el gozo del casi vuelo en las rasantes. Así lo habían pactado y Cortado Bakalaero – con la aquiescencia del Rincón y del J.B. – había sido claro al respecto. "Viajaremos como viajan los colegas. Sin repipieces ni pollas, ¿vale? Viaje rockero". Pedro Rincón se hizo comprender por Juan Bravo cuando le hizo escuchar – en los paréntesis pactados para música no electrónico-bakalaera – a un grupo musical que el Rector conocía de espectáculo barroco y actual inolvidable y que en su estribillo repetía: "No puedes dejar el rock". Se sintió muy rejuvenecido. E incluso llegó a aceptar alguna sustancia estimulante

de la peculiar farmacopea habitual de los dos chicos. De su mano intuitiva y sabia sabía J.B. que iba seguro en su intento de remontar a los orígenes, al río del Sello.

Cortado Bakalaero iba feliz en su acople con la bella Algo-turbo rojinegra, la hacía vibrar del gozo veloz; y en tales especiales ocasiones le permitían musicar su vibración de gozo con las series sónicas de su música bakalao más selecta, y en pleno adelantamiento a ciento noventa por hora de un camión con trailer gigantesco – "nave longa" o "veicolo longo" – una voz mecanizada femenina de altísimo timbre metálico podía susurrar "Excuse me, excuse me". Y a J.B. – vaya con las bromas a lo largo de todo el viaje a propósito de su nombre alcohólico que le llevó a pasarse de dosis conveniente de güisqui en un par o tres de ocasiones, entre bromas de los cada vez más comunicativos por la ebriedad de la marcha del viaje Rincón y Bakalaero – a J.B. le daba la sensación de inmersión en un "sistema paranoico" – que dijera un gran poeta antiguo ya clásico – de rara perfección interna. Pero que él era capaz de leer desde fuera, desde la frontera, mejor, y por ello juzgar de sus bondades o maldades preeminentes. Se entendieron los tres "de puta madre de bien", como gustaba recordar reiterativamente Cortado Bakalaero.

- De puta madre de bien, rector J.B. – bramaba entre risotadas de vez en cuando aquel fenómeno al volante.

Uno de los resultados inmediatos de tanta dicha fue que el Bakalaero – luego quedó claro que era habitual en él, una verdadera tendencia – se equivocó de carretera y tiró hacia el N.W. en vez de hacia el N. Iban por un paisaje impresionante de gigantescas lomas o montañas, verdaderos culos montañosos, alamedas, pinares y robledales heridos dramáticamente por los mineros. Hasta que apareció Bembibre, la de los negros tejados de lajas de pizarra. Hubieron de retornar hacia la autopista del Norte, la de los innumerables túneles. Juan Bravo se lo advirtió: a la entrada de uno de ellos solía brillar el sol mientras que a la salida solía llover o, mejor, orvallar, como le decían en la región a la lluvia fina. Estas cosas, banalidades para el rector, hacían las delicias de los colegas, de pequeño descubrimiento en pequeño descubrimiento. Eso permitía suponer – era una realidad: lo comprobaron en ese mismo viaje feliz – suponer que atravesaban por su interior una gran montaña, tan alta que detenía las nubes en su ladera norte. Altos espacios, columnas nubosas entrevistas en últimas fotografías de nacimiento de estrellas, Algo-turbo espléndida cabalgadura. Amor total.

"Hoy es el futuro. Sólo tienes el presente. Cuídate". Bramaba – "El Evaristo, de la Polla Records", aclaró el Rincón ante un leve arqueado de cejas del J.B. – "el loro", como le decían al "tocata" de toda la vida, a la otra maquina cuyo amor compartían todos los colegas, el radiocasete que llenaba de vida – gritona y semi-salvaje en no pocas ocasiones para los oídos del rector – el interior oscuro de la bella Algo-turbo. Una prehistoria de la técnica muy pronto, sin duda.

J.B. recordó una de sus últimas conversaciones con Antón Dolores, el último teólogo, como le llamaba con harta sorna, e intentó ponerla en síntesis para sus compañeros de viaje Rincón y Bakalaero. Un nuevo "sueño de la unidad" se perfilaba, en medio de la gran fragmentación que alcanzaba a individuos y creencias o convicciones religiosas, por supuesto que políticas. Se había operado, una vez más, como en otros momentos históricos

del pasado, una pérdida de seguridad ante la pérdida de la confianza en "argumentos de autoridad" quebrados por el uso. Se ansiaba, de nuevo – se necesitaba –, y por eso se elaboraba, una nueva forma circular o esférica consagrada, como aquel Sol de Ra o el Corpus Cristi barroco triunfante cuando Kepler y Galileo podían observar y racionalizar el movimiento musical de las esferas. Esa nueva gran hostia consagrada podía ser nuestro planeta azul, por fin percibido en su totalidad esférica, el gran Uno que sólo los hombres, con su acción, eran capaces de preservar o destruir-, dioses o titanes peculiares. Otro gran sueño de la unidad, más racionalizado, hasta físicamente cognoscible en su materialidad esférica espléndida y compleja de mares y ríos, llanuras sin fin, montañas y roquedales. Y robledales y rebaños de vacas de ojos hermosísimos y tristes, amorosos, casi llorones, los ojos más hermosos de la creación, incluyendo la creación literaria y hasta la artística en general.

- ¡Hostias, una vaca! ¡Mira, mira, Rincón! – Cortado Bakalaero casi perdió el control de su bella Algo-turbo escandalosa antes de frenar en seco, saltar del automóvil y extasiarse, bajo el orvallu pertinaz, ante los ojos de tres bellísimas vacas rumiantes que le miraban sin duda con asombro – ¡Hostia, tres vacas! – Y no pudo contener su ardor torero – ¡Vaca, vaca, jé, jé! – aunque en citas desde lejos, guardando las distancias. Hasta que las vacas, como con gesto de dignidad sobresaltada, pasaron de él, se dieron media vuelta y se tumbaron a rumiar tranquilamente en el tendejón que las albergaba.

A Juan Bravo le entró tal ataque de risa que tuvieron que medio embutirle con un embudo un poco de calimocho – vino que en honor al rector fue de calidad, pero mezclado con una cola, una pequeña aberración alcohólica pero resultona – hasta que se calmó un poco. Alcarreño-manchegos neourbanos, puro mestizaje cultural, que nunca habían visto una vaca en su vida, camino de las Asturias de Covadonga, del río del Sello. De romería. Romeros.

Se sintieron de repente, bajo el orvallu danzarín, inmersos en el corazón de la esmeralda. Lomas y collados, líneas de bosque, arranque de rocas de alta montaña entre prados, alisos de rivera... Verde-gris añublado que surgía en su esplendor cuando algún rayo de sol lograba penetrar por entre alguna columna de nubes relucientes y hasta apuntaba un tamizado y desvaído arco-iris en ocasiones desde un punto lejano y concreto del río que se perdía a lo lejos abarcando en su arco o abrazo alguna de las montañas lejanas.

Hasta se olvidó de las vacas Cortado Bakalaero. Al volante, entre curvas y contracurvas por desfiladeros, puentes y rompimientos de gloria en lo alto, los tres se consideraban navegantes por el corazón verde de la Esmeralda, suprema trinidad unida en el gran vientre de la Algo-turbo rojinegra y sonora. Aceptaron complacidos el marca-ritmo reiterativo del bakalao electrónico que amaba Cortado. El último tramo del viaje al Norte resultó sosegador.

Del valle minero del Nolán desde Lena – las palabras se les hacían de una extraña sonoridad, como antigua –, con un río de aguas negras y la herida negra y feroz de minas y escombreras, a medida que avanzaban hacia el Este todo parecía dulcificarse. Fue un atardecer casi melancólico. Hasta que Perico Rincón reaccionó y se dedicó a programar sus himnos musicales preferidos. "Hoy es el futuro... Por eso la vida es agonía y la vivimos agónicamente... Sólo tienes el presente. Cuídate". Y cosas por el estilo, todas terribles y contundentes.

J.B. arqueó las cejas.

- ¿El Evaristo?

El Perico Rincón asintió.

- El Evaristo.

Era noche cerrada cuando entraron en el valle de las Arriondas. Ni se enteraron. Como repentinamente se encontraron en el medio de una gran espicha. Palabra de la región que designa una degustación sin límites de sidra natural, sin conservantes ni paparruchas, puro jugo de la manzana de unos tres grados de alcohol, como les explicó J.B. de guía turístico ocasional. Todo el pueblo se había echado a la calle, abarrotada de forasteros, puro carnaval o reino de la ebriedad.

Al vigésimo quinto "¡otru culín, oh!" – quería decir otro sorbo de sidra recién escanciada desde lo alto en un vaso grandísimo y de cristal muy fino (de Bohemia les decían a los más apreciados por su finura), les había explicado J.B. – tanto Perico como Cortado tenían estrellas en los ojos y echaban chirivitas, como se decía. También les enseñaron los secretos – el arte – del bebedor: mear mucho y comer algo de vez en cuando, como un pincho de tortilla o de bonito con tomate o al ajillo...

- Un pocu llacón, unes patatines frites o un bollu preñau de chorizu, y luego otro culín. Madrileños, ¿eh? – frente a ellos un mozarrón con un vaso de sidra recién escanciada.

Un conocido del pueblo de J.B. los presentó. Era Faustino Pendás, Tino o Tinín para los amigos. A pesar de su corpulencia.

J.B. deseó recordar una experiencia con teselas venecianas y de mosaico romano que siempre pensó relacionada con el juego de los abalorios. Tal vez por las posibilidades combinatorias o racionalizadoras del juego y el azar que permitía. La historia era sencilla, para él bellísima. Uno de los truquitos del Babilónico.

Aprovechó que los forasteros – el Cortado y el Perico – estaban muy colocados de sidra para proponer una sentada de bollu preñau y meadina debajo del hórreo de casa de Mane el Redondu y Límbero el Santu, dos héroes de la mitología local que habían conseguido conservar un tesoro escondido en su propia casa sin que nadie lo advirtiera. Faustino Pendás pegó un silbido y dos tías buenísimas aparecieron sonrientes.

- La Cova y la Cari, lo más guapu del planeta Asturias – presentó el Tinín.

- ¡Hostias, Tinín! – farfulló el Rincón – ¡Cómo os las gastáis por aquí!

Cortado Bakalaero se había quedado muy serio nada más ver a las espléndidas mellizas – "que no gemelas", se encargó Cova de precisar en la primera ocasión que se presentó – y, descamisado como estaba ya con el ardor de la sidra, se descubrió la tetilla izquierda y acarició su pezoncito sin dejar de mirar a Cari a los ojos. La muchacha, enfundada en un tipo de leotardo enterizo negro con una especie de faldita jaspeada de ojos de tigre y un chaleco igual, le mantuvo la mirada; terminó por dulcificar el gesto con una sonrisa golfa y le sacó la lengua. Tinín Pendás le dio un codazo a J.B.

- ¡No son finos los colegas madrileños, rector! Parece que hay romance.

Luego ciñó por la cintura a la Cova, con un modelito similar al de su hermana melliza pero con cuernos de rinoceronte y colmillos de elefante entrelazados en el estampado, junto a un lema que parecía protestar por el exterminio de aquellas bestias salvajes. Salieron de una sidrería que le decían "el submarino" contentos y calientes, la Cari con sus botazas de cintas hasta media pantorrilla sobre el cuero negro pidiéndole al Rincón que le relatara detalles de su viaje, particularidades de su ciudad de origen y sin hacer caso de un Cortado Bakalaero con las manos en los bolsillos y un aire vagamente perdido.

Debajo del hórreo – la Cova se acercó hasta el bar de al lado en donde la gente cantaba una canción de xanas o brujas en una fuente a por algo de comer y a encargar un par de cajas de sidra – el J.B. los mantuvo un rato pendientes de un cuento sobre abalorios.

Resulta que en su último viaje a Venecia había traído consigo unas hermosas piedras de cristal de Murano en bruto, de un lugar secreto que le había mostrado una buena amiga alemana afincada en la ciudad. Y se lo había mostrado tras un paseo por otro lugar semi-secreto, el viejo Lazareto en donde las naves procedentes de ciudades apestadas debían pasar una cuarentena de aislamiento; en una inscripción en sus muros, se terminaba con una sentencia terrible: a los espías se les sacarán los ojos. "I chiederano gli occhi", o algo así.

Utilizando el método paranoico-crítico, había continuado J.B. – tras un paréntesis para explicarle a Tino Pendás y a las chicas Cari y Cova Fondón lo esencial de ese método, o sea el "piensa mal y acertarás" –, esas piedras constituían un secreto personal que su amiga alemana le confiaba, un secreto personal y de la ciudad, y así consideró siempre aquel joyel peculiar de deslumbrantes trozos amorfos de vidrio roto de colores indescritibles, azules profundos marinos o celestes, rojos de sangre o de rubor de celo, verdes asturianos cambiantes – y la Cari y el Tinín se reían – entre transparencias y reflejos diamantinos. Un lujazo al tacto y a la vista.

Pues bien, en la última visita del viejo Borondón – un amigo y asesor que vivía en la costa valenciana, al que ya comenzaban a denominar el Antiguo por entonces - a su casa en la gran ciudad del interior, al ver las hermosas piezas de vidrio le invitó a organizar una instalación, lo más amplia posible, con aquellas bellezas bien expuestas, una gran concentración de piezas absolutamente diversas entre sí pero al mismo tiempo con el sello de la misma mágica y secreta fabricación que las convirtieran en el tiempo ya lejano de su nacimiento en verdadero patrón monetario de algunas rutas del comercio del oro. El nacimiento de ese orden financiero mundial que acabara convirtiendo la ciudad artesana y

bellísima en una empobrecida belleza que desde su ruina seguía iluminando al mundo con sus secretos artesanales conservados con primor pero dedicados a reiterativos y repetitivos cachivaches para turistas que no sabían bien cómo liberarse del embrutecimiento general producido por un mundo condenado a producir cada vez más cachivaches/basura.

Entre Cova Fondón y Tino Pendás habían repuesto la bodega improvisada bajo el hórreo y de nuevo corría la sidra.

- Y el astuto Antiguo fue más allá en su provocación. Al día siguiente de su visita, recibí la llamada de un amigo suyo fabricante de espejos, vidrieras y teselas para mosaico romano. Había cerrado una fábrica antigua y me ofrecía unos cuantos sacos de viejas teselas de tres tamaños y varias tonalidades. Incauto de mí, acepté el presente. Y ahí comenzó uno de los meses más atroces de mi vida hasta que conseguí salir del juego de los abalorios que, nada más recibir el cargamento, comencé como si una fuerza misteriosa me hiciera intentar estructurar según algún criterio aquella informe cantidad de piececitas, algunas minúsculas, con las que fabricar algún mosaico. Y al mismo tiempo, por correo, llegaba un libro raro de versos que se titulaba así "Mosaicos". "Moneda es patria de traidor", leí en él, y supe que debía sumergirme en la mayor cantidad posible de combinaciones que pudiese elaborar con aquellas teselas vidriadas de colores. "La muerte es un cambio de voz", leí más tarde, y fragmento a fragmento fui construyendo mi poema/mosaico particular. "La huida de lenguaje tiene su música" – y J.B. miró a los ojos un instante a Cari Fondón antes de proseguir -. "La luna anula mi centro". "Sin norte, por torsión, un sorteo de intervalos": en un plato de cristal comencé a reunir teselas grandes y medianas de dos tonalidades, una azul que tendía al negro y otra color hueso que tendía al ocre. Como al azar, pero una tonalidad dominando un área del plato y la otra tonalidad su contraria. En el centro, en otro recipiente de cristal más pequeño, como tonelito, comencé a introducir las más pequeñitas, de unos tres milímetros y vivo colorido, aunque muy dominantes los tonos azules y verdosos, menos abundantes los amarillos y escasas, pero hermosísimas, las piezas rojas, como un punto de sangre cuando aparecía una en el montón. "Joya del ya". Ese iba a ser el elegido, el diminuto y raro rojo. Y de un vistazo somero calibré el método que debía seguir.

Juan Bravo hizo una pausa para aclararse la garganta. A los oyentes iniciales se habían unido algunos más, la mayoría ribereños, del país. Le sorprendió que, tras unos minutos de presentaciones y bromas, le rogasen que continuara con el juego de los abalorios que los tenía intrigados.

- Ibas por lo del método, rector – azuzó Faustino Fondón, el Tinín para los amigos.

- "Sabes que buceo en el baluceo" – comenzó J.B. citando de nuevo "Mosaicos". – "No amorfo vínculo /sino estado el amor". El método fue elemental. Como las teselas grandes, las medianas y las diminutas de los diferentes sacos las mezclé en un cajón único de madera para tenerlas al lado de la instalación de vidrios venecianos, se formaron capas superpuestas en las que entraban teselas grandes, medianas y diminutas en todas ellas; y las escasísimas rojas se habían distribuido en todos los niveles azarosamente. Y me vi inmerso, hasta en las ensoñaciones del amanecer, en el laberinto de los abalorios. Una fuerza irresistible me empujaba hacia el intento de ordenar el caos. Un atardecer – hizo una pausa el rector, pero no se rompió el silencio. Le seguían anhelantes. – "Un tris / de la tris / teza nos separa". Fue un atardecer cuando comencé a elaborar el primer sistema azaroso.

El primer platillo de teselas ya se había colmado, a la vez que el cubilete, y quedó un montoncito airoso de dos tonalidades dominantes muy contrapuestos, la azul tendente al negro y la hueso al ocre. Pero en el centro el tonelito encerraba un orden; cada capa o mozadita del montón de teselas diminutas del tonelito debía contener al menos una roja, condición sin la cual J.B. no introducía una nueva mozada – o capa, un puñadito –, con lo que éste crecía más y más si tardaba más en dar con una roja, con lo que el contenido del tonelito encerraba un mensaje cifrado del orden o caos internos del montón original informe y del montón del platillo de teselas de dos tonos que rodeaban al tonelito con esa información encerrada en su propio contenido. Un mensaje sin duda de profundo simbolismo estructural, de cómo debemos ser ese todos caótico u ordenado que constituimos, incluso nuestro grupo aquí, bajo el hórreo de casa de Mane.

Escanciaron otros culines y fue el mismo Faustino el que volvió a azuzar al J.B.

- Habló Ud, rector, de sistema azaroso. En ese sistema es en el que me encuentro exactamente – y le miró a los ojos.

A Juan Bravo le entró la risa.

- Bien, bien, esto marcha. "¿Sistema? Támesis. / Si se mata al rey, átame / a los invisibles / caballos". Sigue siendo de "Mosaicos", del loco de Simons. El primer platillo de teselas contenía su información interna de cómo se había ido generando, pues la cantidad de teselas rojas, más en lo hondo que en la superficie, más estanciadas por cada vez más escasas, pero siempre alguna de cada mozada o capa o estrato del conjunto que el cubilete contenía, la cantidad y colocación de las teselitas punto de sangre así lo indicaba. Aquel atardecer supe que al primer platillo debía suceder otro, y otro, y otro, pequeña constelación de satélites en torno a los vidrios informes y hermosísimos de Murano. Cada platillo tan azaroso y tan riguroso como el platillo anterior, las teselas más utilizadas en los anteriores y por lo tanto más escasas ya sustituidas en el orden del nuevo platillo por las a simple vista más abundantes de nuevo, y así. Una constelación danzante, formando a su vez un mosaico particular. De teselas de mosaico, por supuesto, procedentes del mejor taller artesanal del país, hoy desaparecido infelizmente. "La lengua en que uno nace y muere es el receptáculo de las figuras: el infierno". Lo dice el Simons, el de "Mosaicos", poco antes de referirse al "rumor de la gratuidad en la caverna del sentido". Y con esta acusación feroz incluida: "Tapándose los oídos a las músicas del naufragio, se ha dedicado a desaglutinar el iglú". Pudoroso: esa impersonalidad del "se ha dedicado a". Parece verdaderamente lenguaje de profeta: "El estruendo que es gas que es luz que es una ondina en vibración o cosmos, de modo simultáneo a su realización, se descrea". ¡El juego de los abalorios, Cari! – J.B. estaba extasiado y todos suspendidos de sus palabras –. Esa sinfonía de platillos de teselas en torno a los vidrios venecianos, con su propia información sobre el paso del caos al orden, en el momento en el que se intentara leer esa información, contar las teselitas/punto de sangre concretas y su colocación en el nuevo montón ordenado del cubilete del centro del platillo, se difuminaba la colocación en el estrato, por ejemplo, una serie de datos sobre frecuencias, se convertía de nuevo en un montón informe, caótico, aunque algo menos que el gran cajón general del caos. Pero: "El abandono de la referencia lo deja meramente ser", chilla el Simons. ¡Histórico! Las teselitas diminutas y brillantes con su número descendente de puntos de sangre de abajo a arriba, pero número constante y superior a las del segundo platillo, como este al del tercero y así hasta desaparecer como canon de recolección y reordenación de teselas al hacer imposible la construcción de un

platillo por su infrecuencia... habría que hacer un platillo grandísimo y las teselas de cada moxadita o estrato no cabrían en el hueco de las manos, por lo que dejaría de ser moxadita para convertirse en palada, y entonces tendría que tener un local grandísimo – todos se rieron a carcajadas, comprendían plenamente la angustia del rector J.B. – Quiero decir, o dice el Simons: "Ya estoy en el contorno". Y, como supondréis, como rector mismo no puedo salirme de los platillos que los hombres podemos fabricar con nuestras manos, y ponerme a buscar platillos gigantescos y palas mecánicas. El arte está en saber por qué cambiar la tesela gota de sangre roja por otra. "Oí que hoy / el ya huye del yo". Una ojeada al cajón del caos, una breve exploración, y ya está. Tres teselas amarillas brillantes, aún teselas abundantes en el conjunto caótico y sus diversos estratos. Y me entran ganas de teorizar sobre esos estratos, pero no ha alcanzado tan hondo el veneno que me brindara el Antiguo Borondón; teorizar sobre las grietecitas por las que desaparecen las diminutas y cómo las gruesas las detienen con mayor facilidad. Pero no me dejé liar. "Oh islas". El juego de los abalorios y sus diferentes caos cada vez más ordenados pero caóticos en sí mismos en cuanto te descuides o rompas el orden y ritmo de cada platillo autónomo. Si la amiga alemana me hubiera enviado alguna pieza mágica más de las de Venecia, hubieran sido insertadas entre aquellas constelaciones o hubieran podido generar nuevas constelaciones con cada cambio de color o forma de la tesela elegida como tipo. "Álamo bajo un alma / luz". La rutina del traqueteo de las teselitas de marras te deja discurrir el pensamiento con una ligereza y una elegancia mejor que la que te proporciona la mejor droga del mercado formal o del mercado negro. Hasta la sidra misma, Fausto – todos rieron la toma de tierra del rector J.B. – "Oro el aire hería", se extasía el Simons en su "Mosaico", antes de marcar su tremenda conclusión: "PODRE : PODER".

Todos aplaudieron eufóricos; Cortado Bakalaero, con lágrimas en los ojos, el brazo a la cintura de Cari que lo admitió complacida, se acercó al rector y le dio un beso en la mejilla. Cari, a continuación, hizo lo mismo. Tinín ofreció un culín de sidra.

- ¿Qué le habéis dado al viejo? – lanzó por allí un socarrón –. Y, ¿no tendrá alguna otra cita de ese amiguete suyo de los mosaicos?

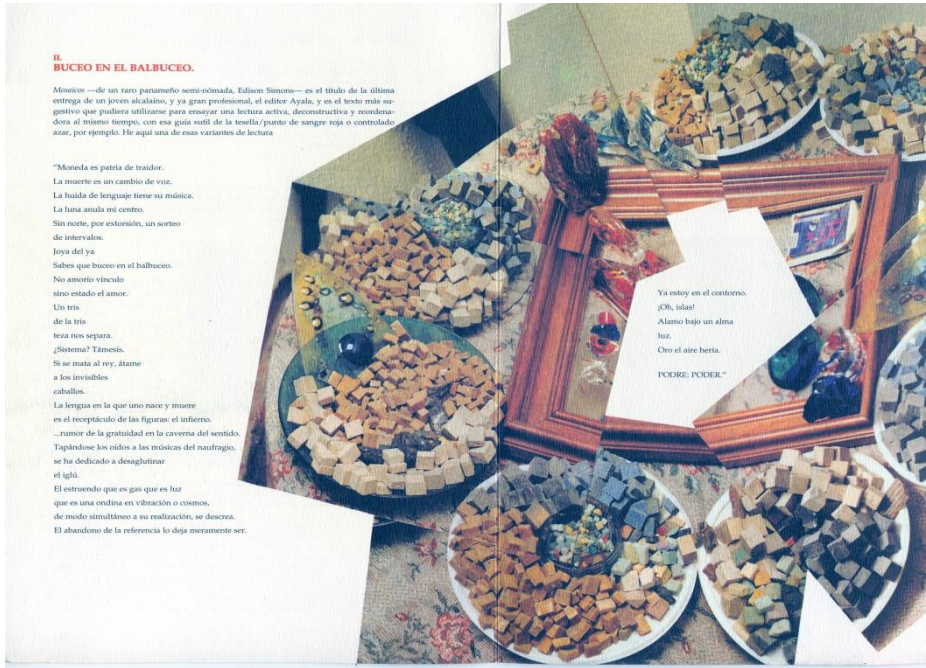
- Ah, pues sí. Y viene bien: "Desequilibrio el libro: / su follaje se desprende / del eje".

Todos rieron.

- ¡Venga, viejo! ¡Que te habíamos comprendido!

Debajo del hórreo de la casa de Mane, el tiempo había discurrido como un manantial de montaña. "Vaya flipe", decía uno de los recién llegados. Eran las cinco y media de la madrugada y todo el mundo seguía como si nada. Cantando, tomando sidra, comiendo pinchos, discursando y meando. Como siempre había sido y siempre iba a ser. La noche del Sella. El mamadón del Sella, mejor.

Y llegó el amanecer.



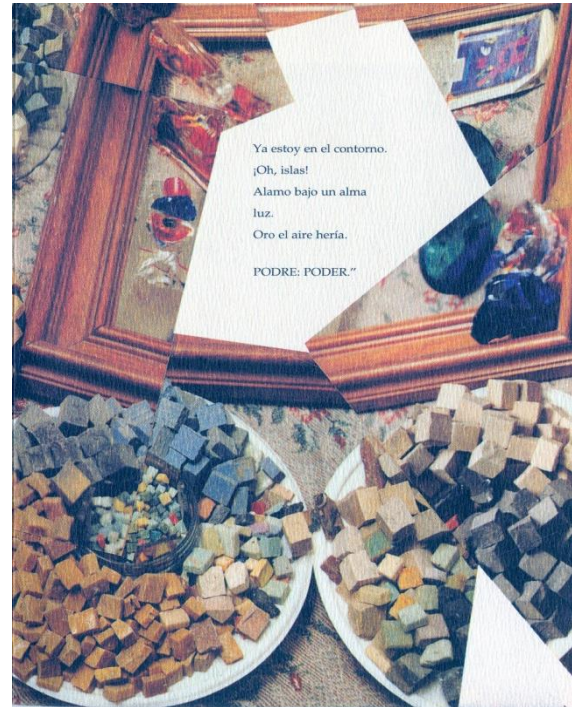
EL BUCEO EN EL BALBUCEO.

Monetas —de un raro panorama semi-ocultado. Edición Simons— es el título de la última entrega de un joven alcañino, y ya gran profesional, el editor Ayala, y es el texto más sugestivo que pudiera utilizarse para ensayar una lectura activa, deconstructiva y recordadora al mismo tiempo, con esa guía sutil de la verdad/punto de sangre roja o controlado, azar, por ejemplo. He aquí una de esas variantes de lectura

"Moneda es patria de traidor.
La muerte es un cambio de voz.
La huida de lenguaje tiene su música.
La luna anula mi centro.
Sin norte, por extorsión, un sorteo
de intervalos.
Joya del ya
sabes que buceo en el balbuceo.
No amorío vínculo
sino estado el amor.
Un tris
de la tris
teza nos separa.
¿Sistema? Támesis.
Si se mata al rey, átame
a los invisibles
caballos.
La lengua en la que uno nace y muere
es el receptáculo de las figuras: el infierno.
...rumor de la gratuidad en la caverna del sentido.
Tapándose los oídos a las músicas del naufragio,
se ha dedicado a desaglutinar
el iglú.
El estruendo que es gas que es luz
que es una ondina en vibración o cosmos,
de modo simultáneo a su realización, se descrea.
El abandono de la referencia lo deja meramente ser.

Ya estoy en el contorno.
¡Oh, islas!
Alamo bajo un alma
luz.
Oro el aire hería.
PODRE: PODER."

"Moneda es patria de traidor.
La muerte es un cambio de voz.
La huida de lenguaje tiene su música.
La luna anula mi centro.
Sin norte, por extorsión, un sorteo
de intervalos.
Joya del ya
Sabes que buceo en el balbuceo.
No amorío vínculo
sino estado el amor.
Un tris
de la tris
teza nos separa.
¿Sistema? Támesis.
Si se mata al rey, átame
a los invisibles
caballos.
La lengua en la que uno nace y muere
es el receptáculo de las figuras: el infierno.
...rumor de la gratuidad en la caverna del sentido.
Tapándose los oídos a las músicas del naufragio,
se ha dedicado a desaglutinar
el iglú.
El estruendo que es gas que es luz
que es una ondina en vibración o cosmos,
de modo simultáneo a su realización, se descrea.
El abandono de la referencia lo deja meramente ser.



Ya estoy en el contorno.
¡Oh, islas!
Alamo bajo un alma
luz.
Oro el aire hería.
PODRE: PODER."

